

UN HOMBRE REBELDE  
EN *EL LABERINTO DE LA SOLEDAD*:  
LA RECEPCIÓN DEL IDEARIO CAMUSIANO  
POR OCTAVIO PAZ

EUGENIA HELENA HOUVENAGHEL  
UNIVERSITEIT GENT

1. PROPÓSITO

Una de las posiciones filosóficas que el poeta y ensayista mexicano Octavio Paz (1914–1998) adopta a lo largo de *El laberinto de la soledad* (1950) es la del existencialismo (Santí, 1993: 83).<sup>1</sup> En efecto, es precisamente la soledad del mexicano (y del ser humano) que da título al ensayo de Paz, la que se vincula con la visión existencialista de la vida de cada individuo como búsqueda de sí mismo. Este vínculo con el existencialismo no debe sorprendernos si tenemos en cuenta las circunstancias en las que Paz puso por escrito su ensayo más famoso. En la década de los cuarenta, Octavio Paz residió no solo en los EEUU (1944-1945) sino también en Francia (1946-1951), país en el que desempeñaba un cargo diplomático mientras redactó, en los años 1948-49, *El laberinto*.<sup>2</sup> Aunque conoció

<sup>1</sup> De acuerdo con Santí (1993: 83), son cinco las posturas filosóficas que Octavio Paz toma a lo largo de *El laberinto*: la lógica, el existencialismo, el psicoanálisis, el marxismo y la dialéctica hegeliana. Sobre la edición crítica “monumental” de *El laberinto de la soledad* de Santí, ver Hozven (1996: 525).

<sup>2</sup> Es de hecho el mismo Paz que vincula, en una nota de *El laberinto de la soledad*, el contexto del pachuco en el Sur de California con el contexto de posguerra en Francia, cuando compara una moda francesa, que se caracteriza por su fantasía –que se opone a orden de los alemanes– con la estética de los pachucos

la pobreza material, Paz describe en 1994 los años de posguerra en París, durante los cuales el existencialismo estaba de moda, como un tejido de experiencias fructífero, como “un período de gran riqueza, no tanto en el dominio de la literatura propiamente dicha, como en el de las ideas y el ensayo” (12-13). Tras las experiencias traumáticas que vivió la humanidad durante la Primera Guerra Mundial y la Segunda Guerra Mundial, los pensadores franceses del existencialismo se hicieron preguntas en torno al sentido de la existencia humana. Reaccionando contra el racionalismo, Albert Camus y Jean-Paul Sartre propusieron temas más cercanos a la vida individual, tales como la libertad, la muerte, las posibilidades de la existencia, la responsabilidad. En este mismo contexto intelectual parisiense estimulante para la creación literaria, Octavio Paz conoció a Albert Camus (1913-1960) y se hizo amigo suyo. Aunque el entonces desconocido poeta Paz no se sitúa en la misma etapa de su carrera que el ya famoso ensayista, novelista y dramaturgo Albert Camus, ambos escritores tienen más de una característica en común: la defensa enérgica de la libertad del hombre, la conciencia crítica, el don de la imaginación, el sentido de la responsabilidad. Ambos se han empeñado en unir la idea filosófica y la creación literaria; ambos escritores merecerán el premio Nobel de Literatura.<sup>3</sup> Paz, lleno de admiración por la filosofía y la obra literaria camusianas, destacaría posteriormente que “si la filosofía no es sólo un saber, sino una sabiduría, hay más sabiduría en los ensayos no filosóficos de Camus que en las disquisiciones de muchos filósofos” (Paz, 1994 : 12-13). Es en este ambiente amistoso y de respeto mutuo que Paz afirma (*ídem*) haber intercambiado ideas con Albert Camus acerca del tema central de su ensayo *El hombre rebelde* (1951).<sup>4</sup> Este volumen describe las distintas formas de la rebelión que se han realizado en terrenos variados a través de la historia del mundo moderno desde la Revolución Francesa. El acto de rebeldía, que Camus no solo aborda a finales de la década de los cuarenta en el ensayo sino también en otros

---

—que va dirigida contra los norteamericanos—. Paz concluye: “Aunque no excluyo la posibilidad de una imitación más o menos indirecta, la coincidencia me parece notable y significativa” (20).

<sup>3</sup> Albert Camus obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1957 y Paz lo recibirá en 1990.

<sup>4</sup> El ensayo se interpretó como una crítica al marxismo y fue la causa de una vehemente polémica entre Jean-Paul Sartre y Albert Camus que terminó con la ruptura definitiva entre ambos filósofos franceses.

géneros –en la novela *La peste* de 1947 y en la pieza teatral *El estado de Sitio*, de 1948– es al mismo tiempo el fundamento de la vida y un acto de plena libertad intelectual: el hombre crítico propone una visión diferente de la sociedad y para ello cuestiona la moral vigente, el poder establecido y los principios considerados como superiores e inmutables.

En el discurso que Camus pronuncia en Estocolmo con motivo de la concesión del premio Nobel en 1957,<sup>5</sup> el dramaturgo francés sitúa su visión de la rebeldía, transformación espiritual o “segundo nacimiento” en el contexto de la primera mitad del siglo XX, caracterizada por la crisis:

Estos hombres [europeos] nacidos al comienzo de la primera guerra mundial, que tenían veinte años cuando se instalaban a la vez el poder hitleriano y los primeros procesos revolucionarios, que fueron confrontados después, para perfeccionar su educación, a la guerra de España, a la segunda guerra mundial, a los campos de concentración, a la Europa de la tortura y las prisiones, deben hoy levantar sus hijos y sus obras en un mundo amenazado de destrucción nuclear. Nadie, supongo, puede pedirles que sean optimistas [...]. Pero la mayor parte de nosotros, en mi país y en Europa, ha rechazado este nihilismo [...]. Ha sido necesario forjar un arte de vivir para tiempos de catástrofe, para nacer una segunda vez [...].

Ahora bien, la “loca rebeldía contra su presente y su pasado” es una característica que, con la misma conciencia de crisis, Paz atribuye al pachuco (1994 : 12-13) en el primer capítulo de *El laberinto de la soledad* (1950). A nuestro modo de ver, el contexto filosófico parisiense en general y los diálogos entre Paz y Camus en torno a la rebeldía en particular, influyeron en la creación del perfil del pachuco y nos ofrecen otra ‘grilla de lectura’ válida del mismo.

## 2. UNA PERSPECTIVA REALISTA

Los pachucos<sup>6</sup> constituyen la segunda generación de jóvenes mexicano-americanos que vivía en los años de la Segunda Guerra

<sup>5</sup> Discurso titulado “La misión del escritor”, pronunciado en 1957. Disponible en línea: <http://penellagr.wordpress.com/tag/nobel> (29-1-2013).

<sup>6</sup> El nombre pachuco es de origen incierto. Se cree que este término se deriva de la palabra “Pachuca,” una ciudad en el nordeste de México central, conocida por su mina de plata. Según otra posible etimología, sería una alteración de la palabra

Mundial en los barrios orientales de Los Ángeles. Eran rebeldes y expresaban su ser diferente a través de sus vestidos llamativos y de sus peinados extravagantes, su lengua híbrida, su propia música. Los pachucos, con su comportamiento degenerado y su atención exagerada a la vestimenta, no recibían la aprobación de la generación mayor de los padres mexicanos. La policía les consideraba como delincuentes y les echaba la culpa de la ola de crímenes juveniles que azotaba la ciudad de los Ángeles en aquella época. En una época de guerra, en la que la obediencia nacional y la disciplina del ejército significaban todo, los pachucos se comportaban como malos ciudadanos. “Pachuquismo” –o el estilo pachuco– era la contradicción radical de disciplina militar, orden y esfuerzo. En 1943 había desórdenes en las calles de los barrios orientales de Los Ángeles. Multitudes de marineros, en taxis, andaban por las calles en busca de pachucos –que atraían la atención por causa de su *Zoot Suit*,<sup>7</sup> corbata ancha, sombrero de fieltro y zapatos estilo francés blanco y negro– para molerlos a palos. Les quitaban sus vestidos y les cortaban el pelo. Testigos afirmarán posteriormente que los espectadores achuchaban a los marineros contra sus víctimas.

La larga descripción del pachuco, insertada en el primer ensayo de *El laberinto de la soledad* (1950), titulado “El pachuco y otros extremos” es, sin lugar a duda, un retrato provocativo. Para Paz, el pachuco es una figura triste, grotesca, trágica y, a la vez, ridícula, sin identidad; alguien que “ha perdido toda su herencia: lengua, religión, costumbres, creencias” (2001: 16). Y por no tener herencia o filiación histórica, vive de la imitación, la cual lo lleva a negarse a sí mismo, a humillarse y a suicidarse. Este retrato ha sido interpretado por la crítica como si fuera un ataque frontal contra aquel grupo social y discriminando de inmigrantes en los EEUU. Aunque en esta descripción está la base de la imagen más conocida de los pachucos, varios críticos han atacado el retrato esbozado por Paz, reaccionando contra lo que consideran su carácter duro, cruel e injusto. Para Katra (1986: 11), por ejemplo, la ideología de *El laberinto de la soledad*

---

hispanoamericana *payuco*, que viene de *payo*, rústico. Paz no explica la etimología de la palabra, sino que destaca que “el primer enigma es su nombre mismo: pachuco, vocable de incierta filiación, que dice nada y dice todo” (13).

<sup>7</sup> El traje *Zoot Suit* consistía en un pantalón muy holgado pero ceñido en la cintura y en los tobillos, un saco largo de amplias solapas cruzadas y grandes hombreras. El pantalón se vestía con tirantes y se adornaba con largas cadenas a un costado.

refleja la visión de los grupos más privilegiados de México. Paz no tiene en cuenta que los pachucos formaban parte de la misma clase socio-económica baja, que no tenían nada que hacer y ningún lugar para irse, que estaban aprisionados en sus barrios. Medina (1988 : 69-78), por su parte, critica el esquema dualista y estático de Paz, que no le hace justicia ni al pachuco ni al hispano. Sánchez Tranquilino habla de una “representación errónea” (1987: 39) y censura la distancia académica y la falta de compromiso con el pachuco y con la subcultura norteamericana en los cuarenta. Gonzales (1999:167) califica el retrato de “unfair” y “unflattering” pero matiza su juicio: por un lado, “Paz’s view of the pachucos themselves as deeply alienated and insecure is not far off the mark”, por otro lado “he might have been more sensitive to their plight” ya que “the pachuco youth were more deserving of pity than scorn.” Koch (en línea) destaca que no es correcta la idea de Paz de que el pachuco quiere demostrar su voluntad personal de seguir siendo distinto: “What Paz does not seem to realize is the somewhat circular reasoning of his own argument there: The Pachuco’s will to remain different is the only recourse against, or response to, the very society that refuses to accept him in the first place.” En este marco, no es de sorprender que intelectuales chicanos, que ven en la figura del pachuco una primera fuente de inspiración del movimiento chicano, como Juan Bruce-Novoa han atacado severamente la descripción de Octavio Paz (Stambaugh, 2003:334).

Todas estas críticas tienen en común la perspectiva realista bajo la cual consideran el retrato del pachuco. Su punto de partida es que Octavio Paz quiso describir fiel y verídicamente el mexicano emigrado a California. Argüiremos que, a lo mejor, los ataques de la crítica que acabamos de resumir no se hayan centrado en el propósito del *Laberinto* ni en la función que cumple el retrato en el libro. Aventuramos la hipótesis de que el retrato del pachuco no debe leerse como un retrato descriptivo que intenta reflejar la realidad, sino como componente de un texto marcado por el contexto filosófico de la época, –en la cual la corriente predominante es el existencialismo de Jean-Paul Sartre y Albert Camus–.

### 3. LA REBELDÍA EN NOMBRE DE LA LIBERTAD

Cuando yuxtaponemos el hombre rebelde de Camus, el cual se plasma en la imagen del esclavo que se alza contra su opresor, y el

pachuco, este “rebelde instintivo” descrito por Paz (2001: 15), resulta que ambas figuras guardan más de una semejanza, aunque también hay diferencias<sup>8</sup>. En el discurso camusiano (1986: 18) se maneja la idea de la protesta del esclavo contra un “orden superior” que le oprime, mientras que en el caso de Paz sobre el pachuco, este “orden” es entendido como la sociedad norteamericana que, incapaz de asimilarlos, los rechaza. En este contexto, es interesante el hecho de que el mismo Paz vincule, en una nota extensa de *El Laberinto de la soledad*, el fenómeno del pachuco en el Sur de California con un fenómeno parecido que conoció al llegar a la Francia de posguerra. En esta nota, Paz compara una moda francesa, especialmente divulgada entre estudiantes y artistas del París de 1945 con la propuesta singular de vestimenta y conducta de los pachucos. Lo que según Paz es una coincidencia “notable y significativa” (2001: 20), se halla en la oposición al régimen o al grupo social dominante. Ambas formas de rebeldía se oponen a una orden establecida: la estética barroca –llena de fantasía– de los jóvenes residentes en los barrios artísticos y estudiantiles de París se puede interpretar, según Paz, como una especie de pos-Resistencia que se opone al orden y a la sistematicidad de los alemanes; la estética llamativa y exagerada del pachuco va dirigida contra la comodidad y el carácter práctico del traje y del *American way of life* de los norteamericanos.

Pero la oposición a un orden superior no es el único punto que el pachuco retratado por Paz y el hombre rebelde camusiano tienen en común. Otro rasgo que los entrelaza es la dualidad, que se encuentra de manera abundante tanto en el comportamiento del pachuco como en el modo de ser del hombre rebelde. Para Camus (1986: 17), un hombre rebelde es en primer lugar “un hombre que dice no”, “el que se vuelve o revuelve contra algo”. A los ojos de Paz (2001: 15), la oposición al presente y al pasado es la característica primordial del pachuco, quien “no quiere volver a su origen mexicano” pero “tampoco [...] desea fundirse a la vida norteamericana”; “no

<sup>8</sup> En este estudio, pondremos énfasis en las similitudes entre el rebelde camusiano y el pachuco paciano. No pretendemos, sin embargo, que se trate de dos “rebeldías” idénticas; hay también discrepancias. Pensemos por ejemplo en la índole crítica y consciente de la rebeldía camusiana, frente al carácter instintivo de la rebeldía del pachuco, que no llega a formular una verdadera crítica. A pesar de que no son idénticos los rebeldes propuestos por Camus y Paz, las semejanzas son, a nuestro modo de ver, suficientes como para considerarlas expresiones de una influencia ejercida por *El hombre rebelde* sobre *El laberinto de la soledad*.

reivindica su raza ni la nacionalidad de sus antepasados”. El ensayista destaca, en suma, el principio de la negación que rige la actitud del pachuco: “su voluntad personal de seguir siendo distinto” (2001: 16), su voluntad de “no ser como los otros que lo rodean” (2001: 15). Sin embargo, según la propuesta de Camus (1986: 17), el rebelde a la vez dice no y dice sí ya que al mismo tiempo que se revuelve contra el poder establecido, y a través de esta actitud paradójica llama la atención y “muestra, con obstinación, que hay en él algo que vale la pena”. Asimismo, Paz refiere al modo afirmativo como segundo rasgo central del pachuco que coexiste, contradictoriamente, con el modo negativo de su ser. El ensayista considera, en efecto, la “obstinada y casi fanática voluntad de ser” de los pachucos; su “obstinado querer ser distinto” que es a la vez una “exasperada afirmación de su personalidad” (2001: 15-16). La dinámica contrastiva entre los polos negativo y afirmativo califica, pues, tanto el perfil del rebelde camusiano como el retrato del pachuco. La misma discordancia interna se reconoce en la descripción que Camus ofrece de la rebelión, “movimiento que exalta y niega al mismo tiempo” (1986: 235). Paz (17) retoma esta idea del contraste cuando advierte una “ambigüedad” en el ropaje singular y estético del pachuco, ya que “por una parte, su ropa los aísla y los distingue; por la otra, esa misma ropa constituye un homenaje a la sociedad que pretenden negar.” En *El laberinto*, el lector encuentra otra manifestación de la misma dualidad interior del pachuco que se describe como “un clown impasible y siniestro, que no intenta hacer reír y que procura aterrorizar” (2001: 17). A través de su discurso, Camus asimismo reitera la idea de lo contradictorio del acto de la rebelión, en el cual “rechazo y exaltación [...] se equilibren en la tensión más dura” (1986: 254).

Otra peculiaridad que el rebelde tiene en común con el pachuco, finalmente, es la de actuar de manera fundamentalmente libre. El hombre rebelde de Camus parte de su propia libertad fundamental para luchar por una parte de la integridad de su ser. En función de la libertad de su propia existencia, se excluye de la comunidad y de la mayoría predominante para aislarse. En su rebeldía, no cuenta con aliado alguno: su gesto de rechazo le arroja a la soledad. De una manera paralela, el pachuco de Paz “se aísla” (2001: 17) por su vestimenta y su conducta diferentes, su libertad le lleva a la soledad, este rasgo esencial de la idiosincrasia del mexicano que atraviesa *El laberinto* como un hilo rojo. La sociedad norteamericana, explica Paz, se irrita ante el pachuco porque ve en él el peligro de la “singularidad”

(2001: 18). Y esta singularidad, este ser diferente hace que “el pachuco parece encarnar la libertad, el desorden, lo prohibido”, “algo, en suma, que debe ser oprimido” (2001: 18). Durante el instante de su rebelión y a través de la manifestación de una autenticidad singular, el pachuco “se afirma como soledad” (2001: 19).

A través de las características que acabamos de poner de relieve y que el pachuco comparte con el hombre rebelde analizado por Albert Camus, concluimos que aquella figura se podría interpretar como una de las encarnaciones del hombre libre y rebelde que el filósofo francés desarrolla en el marco del ambiente existencialista del París de posguerra. El pachuco también se opone a un orden superior, reúne polos opuestos y aprovecha al máximo su libertad humana. El pachuco se puede ver, pues, como un hombre rebelde que revalora su propia existencia, que dice no a la humillación y que lucha contra la condición que le imposibilita vivir. Reconsiderado a través de esta grilla de lectura, el pachuco gana en dignidad humana. Se respeta como un representante del movimiento rebelde. Cuando partimos del paralelismo con la rebeldía que efectúa el esclavo contra su amo, la conducta del pachuco no es despreciable, sino que puede describirse como la reacción profundamente humana de una figura que se alza contra una condición con la que no acepta vivir ni consigue realizar su proyecto existencial. El pachuco es, bajo esta perspectiva, uno de tantos rebeldes que, en diversas épocas y de diversas formas pero siempre en nombre de la libertad, han expresado un sentimiento de malestar y de disconformidad con el régimen vigente.

#### 4. EL PRIMER PASILLO DEL LABERINTO

La figura del pachuco adquiere, en nuestra lectura, un sentido existencialista y se convierte en una representación del hombre rebelde, símbolo del espíritu crítico y emancipador. Bajo esta perspectiva, se impone una segunda pregunta; la de saber por qué Octavio Paz sitúa la descripción de este hombre –que representa el acto de rebelión contra el poder y los valores que se han aceptado como inmutables–, en una posición tan estratégica, el *incipit*, de su *Laberinto*. Para ello, tenemos que aproximarnos primero a la estructura y la intención global de los textos de Paz y Camus.

La propuesta filosófica de Camus es de índole argumentativa: el autor aborda el carácter fundamentalmente rebelde del ser humano y defiende la tesis de “que la rebelión es una de las dimensiones



esenciales del hombre” (1986: 23). El apartado que más semejanza guarda con el retrato del pachuco se encuentra al inicio del libro<sup>9</sup>; se trata del primer capítulo titulado “El hombre rebelde” que elabora la rebeldía humana en su forma más amplia y general. En los capítulos siguientes, Camus desarrolla las formas específicas que puede tomar la rebeldía en diferentes terrenos (lo metafísico, la historia, el arte) con el fin de corroborar la idea de que la rebelión es “la primera evidencia” (1986: 12) de la existencia humana: el ser humano que se rebela, existe.

*El laberinto de la soledad* es una colección de ocho ensayos (o capítulos)<sup>10</sup> autónomos y un apéndice. Utilizando la imagen de Amadou Ndoye (1981: 245), podemos decir que si el libro en su totalidad es un laberinto, cada capítulo es un corredor o un pasillo del laberinto. Cada ensayo trata un aspecto distinto y puede leerse independientemente, pero la serie total de ensayos de Paz constituye una unidad argumentativa<sup>11</sup>, dado que los capítulos tienen un tema y una tesis en común: la de la soledad esencial del mexicano, tesis que ofrece una alternativa a la visión de Samuel Ramos sobre la

<sup>9</sup> En la introducción del texto, Camus justifica su opción por tratar el tema de la rebeldía al explicar que en el marco de la existencia absurda, la única seguridad que tenemos es, precisamente, la rebelión: “La primera y única evidencia que me es dada así, dentro de la experiencia absurda, es la rebelión.” (15) Después de esta introducción siguen cinco capítulos: I. El hombre rebelde; II. La rebelión metafísica; III. La rebelión histórica; IV. Rebelión y Arte; V. El pensamiento de mediodía.

<sup>10</sup> Se pueden distribuir los ocho capítulos del ensayo de Paz en cuatro secciones temáticas. La primera sección reúne los capítulos I-IV y gira en torno al “Análisis de los mitos de México”; la segunda comprende los capítulos V y VI y va dedicada a la “Historia de México”; la tercera (caps. VII y VIII) trata la “Historia de México y su situación en el mundo”; la cuarta (el Apéndice o ensayo final) ofrece una “Descripción de un ritmo vital e histórico en un momento de un pueblo” (Santí, 1993: 65)

<sup>11</sup> La belleza poética, el carácter confesional y la variación formal del *Laberinto* pueden considerarse como factores que cautivan al lector y que desvían la atención de la argumentación subyacente en el libro. Además, el propio autor orienta la definición de su libro hacia la vertiente imaginativa del texto, sosteniendo en *Postdata* que en *El laberinto* no le interesa la definición ni el análisis de lo mexicano sino que considera su trabajo como “un ejercicio de la imaginación crítica” (2001: 263). Para el propio autor, el *Laberinto* es una descripción fenomenológica. Sin embargo, privilegiamos en nuestro estudio la dimensión retórica o argumentativa del ensayo: bajo nuestro enfoque, el texto gira en torno a una hipótesis propuesta acerca de la mexicanidad, hipótesis que se defiende con varios argumentos. Paz inicia su discurso ubicándose frente a la respuesta formulada por Samuel Ramos acerca de la misma pregunta por la mexicanidad (2001: 11, 13).

idiosincrasia del mexicano.<sup>12</sup> En el entender de Paz, el mexicano no se caracteriza, en primer lugar, por la inferioridad, como lo propuso Ramos, sino por la soledad. Recurriendo a varios medios estilísticos, Paz opone una *inferioridad* que se tacha de “supuesta”, superficial e “ilusoria” a una *soledad* que se califica de más “vasta”, “profunda” y “verdadera”. Así es que Paz (2001:18) lanza, con fuerza considerable, su hipótesis central acerca de la mexicanidad:

La existencia de un sentimiento de real o supuesta inferioridad frente al mundo podría explicar, parcialmente al menos, la reserva con que el mexicano se presenta ante los demás y la violencia inesperada con que las fuerzas reprimidas rompen esa máscara impasible. Pero más vasta y profunda que el sentimiento de inferioridad, yace la soledad. Es imposible identificar ambas actitudes : sentirse solo no es sentirse inferior, sino distinto. El sentimiento de soledad, por otra parte, no es una ilusión – como a veces lo es el de la inferioridad – sino la expresión de un hecho real : somos de verdad, distintos. Y, de verdad, estamos solos.

Desde este punto de vista, el orden de los ensayos de *El laberinto de la soledad* no es arbitrario, sino que los ensayos están dispuestos de este modo por la coherencia y la línea argumentativa interior que acabamos de presentar. “El pachuco y otros extremos” es el primer capítulo dentro de este conjunto argumentativo y desempeñará, por tanto, determinadas funciones típicas de la abertura de una argumentación, igual que el capítulo “El hombre rebelde” en la propuesta filosófica de Camus.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> En efecto, Octavio Paz, en su recopilación de ensayos *El laberinto de la soledad* (1950), aunque, como dice Jaimes (2001: 267) “no comenta [Ramos] para superarlo (o para destruirlo), sino para asimilarlo”, sí propone una alternativa al complejo de inferioridad que Samuel Ramos había elaborado en su *Perfil del hombre y la cultura en México* (1934) como el primer rasgo caracterizador del mexicano. En “Vuelta a El Laberinto de la soledad”, que se compone de conversaciones con Claude Fell, y que complete la edición FCE de *El laberinto de la soledad*, Paz precisa: “Las observaciones de Ramos fueron sobre todo de orden psicológico. Estaba muy influido por Adler, el psicólogo alemán, discípulo más o menos heterodoxo de Freud. [...] Su explicación no era enteramente falsa pero era limitada y terriblemente dependiente de los modelos psicológicos de Adler” (2001: 362).

<sup>13</sup> Bajo esta perspectiva, todos los elementos del primer capítulo deben entenderse como argumentos para que el lector no rechace la hipótesis central acerca de la soledad esencial del mexicano. Una vez establecida esta premisa, el autor podrá proseguir la argumentación en la que se esfuerza por obtener un acuerdo

Considerando el tipo de discurso que resalta en “El pachuco y otros extremos”, comprobamos que la exposición predomina grandes partes del texto. Lo interesante, desde un punto de vista formal, es que Paz alterna este tipo de discurso con otros modos discursivos, tales como la narración o la descripción, que se introducen como “interrupciones” dentro de su discurso expositivo. Muchas veces se trata de recuerdos, testimonios o experiencias personales, que se introducen por fórmulas en primera persona: “Recuerdo que ...”, “al iniciar mi vida en los Estados Unidos residí...”, “Cuando llegué a los Estados Unidos”, “Recuerdo que en España ...”, “cuando llegué en Francia....” (2001: 13, 20, 24, 31). Estas pequeñas narraciones y descripciones funcionan como ejemplos concretos, es decir, argumentos que desarrollan la tesis de Paz según la cual el mexicano siempre adopta una actitud cerrada y distante y nunca una actitud de entrega.

Camus no recurre a anécdotas personales ni se sirve de narraciones variadas para ilustrar su discurso en el capítulo “El hombre rebelde”. Se limita, al contrario, a una sola metáfora para aclarar y concretar la actitud de rebeldía: la del esclavo. Un hombre rebelde, explica Camus, es “un esclavo, que ha recibido órdenes durante toda su vida” pero que “juzga de pronto inaceptable una nueva orden” (1986: 17). Un hombre rebelde, continúa el autor francés recurriendo a la misma imagen del esclavo, es “un hombre que “marchaba bajo el látigo del amo” pero que en un momento dado “le hace frente” (1986: 18). “Instalado anteriormente en un convenio”, profundiza Camus en la misma metáfora, “el esclavo se arroja de un golpe al Todo o Nada.” (1986: 18) Más adelante, el autor desarrolla y refina la imagen central de su exposición, refiriendo a varios tipos de “esclavos”, tales como “un esclavo griego”, “un siervo”, “un condotiero del Renacimiento” o “un obrero contemporáneo” (1986: 22-23-24), para explicar mejor la presencia constante de la rebeldía humana en el marco de la historia occidental. La metáfora del esclavo atraviesa pues, como un hilo rojo, el primer capítulo de la obra camusiana.

Pues bien, el retrato del pachuco que nos ocupa aparentemente no ocupa una posición tan privilegiada como la metáfora del esclavo, ya que constituye una de varias interrupciones narrativas diferentes en

---

más profundo con su público, definiendo y describiendo la soledad del mexicano con más en detalle.

el discurso expositivo. Igual que las otras interrupciones, se inicia por una fórmula en primera persona : “Al iniciar mi vida en los Estados Unidos residí algún tiempo en Los Ángeles...” (2001 : 13). Sin embargo, el retrato se distingue, a nuestro modo de ver, de las demás descripciones y narraciones incluidas en “El pachuco y otros extremos” por varios motivos que elaboraremos a continuación.

En primer lugar, el retrato del pachuco ocupa 5 páginas (13-20), mientras que la mayoría de las interrupciones tienen una extensión de entre 5 y 10 líneas. Además, este retrato ocupa un lugar clave en el ensayo, dado que se inserta directamente *antes* de que el autor lance su hipótesis alternativa sobre la idiosincrasia del mexicano. “Al intentar explicarme algunos de los rasgos del mexicano de nuestros días”, dice Paz explícitamente al iniciar su discurso, “principio” con el caso del pachuco (2001:13).

El retrato del pachuco no sólo se distingue formalmente de las demás interrupciones descriptivas o narrativas en el discurso expositivo por su extensión y su posición excepcionales, sino que también por su contenido. Es el único episodio intercalado que de verdad es “extremo”, como lo anuncia el título del ensayo. Es también el único episodio intercalado que considera la mexicanidad un problema existencial: el propio Paz presenta los pachucos como “esos para quienes serlo [mexicano] es un problema de verdad vital, un problema de vida o de muerte” (2001 : 13). Dicha problemática vital subyacente aleja el episodio del pachuco de los demás casos, más bien anecdóticos, relatados por Paz y lo lleva a otro nivel que corresponde a una reflexión socio-histórica y existencial más profunda.

En efecto, la metáfora del esclavo que se opone al amo, es decir, “al orden que le oprime” (1986: 17), propuesta por Camus, se puede relacionar con la manera en la que el pachuco se alza contra la sociedad norteamericana. Desde una perspectiva socio-histórica, Camus destaca que “el espíritu de rebelión no es posible sino en los grupos en que una igualdad teórica encubre grandes desigualdades de hecho” (1986: 23). El pachuco protesta para afirmar “una obstinada y casi fanática voluntad de ser” (2001: 15) y para defender “la integridad de una parte de su ser” (2001: 22) frente a esta sociedad norteamericana que hace como si existiera igualdad entre todos los ciudadanos pero que en realidad “no ha logrado asimilarlos” (2001: 16) y, más aún, “los rechaza” (2001: 15). La actitud de los pachucos

se puede considerar, así, “la respuesta a la hostilidad ambiente” (2001: 15) de la civilización norteamericana.

El carácter especial y privilegiado del retrato del pachuco se evidencia también en el nivel de la función argumentativa del episodio, que es doble. En primer lugar, las demás interrupciones narrativas suelen funcionar como ejemplos de la soledad del mexicano mientras que el retrato del pachuco cumple la función de una ilustración.<sup>14</sup> Los criterios de elección del ejemplo difieren fundamentalmente de los mismos de la ilustración. El ejemplo debe ser incuestionable, representativo, numeroso y muy variado para permitir la generalización y la adhesión a la regla. La ilustración, en cambio, ha de impresionar vivamente la imaginación para captar toda la atención del lector. Por tanto, la ilustración puede e incluso debe contener detalles chocantes, concretos, llamativos. El ejemplo, por el contrario, es más breve y prescinde de estos elementos para evitar que el pensamiento se desvíe de la regla. Finalmente, podemos añadir que se elige la ilustración por la repercusión afectiva, emocional que puede provocar en el lector. En la ilustración, no se trata de reflejar fielmente la realidad. El objetivo de la ilustración estriba, más bien, en impresionar vivamente la imaginación del lector con un caso concreto para captar toda la atención del oyente. Así es que la fuerte reacción de la crítica que le reprocha a Paz su actitud despiadada para con el pachuco constituye quizás la mejor prueba de que el retrato reúne todas las condiciones de la ilustración, argumento que se hace tanto más eficaz cuanto más llamativo, escandaloso, sorprendente, provocativo, extremo sea. Concluimos que esta descripción del pachuco reúne todas las condiciones de una buena ilustración que, en combinación con varios ejemplos que fundamentan la imagen del mexicano solitario, se sitúa en los albores del *Laberinto*.

Así llegamos a la segunda vertiente de la función argumentativa del retrato del pachuco. En efecto, mientras que las demás intervenciones narrativas son de índole anecdótica, los rasgos del pachuco son fundamentales para la exposición posterior acerca de la

<sup>14</sup> Tanto el ejemplo como la ilustración concretan un enunciado abstracto. Hay situaciones en las cuales se puede dudar en cuanto a la función que cumple tal caso particular introducido en una argumentación. Sin embargo, la distinción entre ejemplo e ilustración es importante y significativa (Perelman, 1989: 78-79). Mientras que el ejemplo proporciona un caso particular que fundamenta la regla, la ilustración proporciona un caso particular que muestra el interés de la cuestión, que refuerza y aumenta su presencia en la conciencia del lector.

idiosincrasia del mexicano. A partir del perfil chocante del pachuco se establece una red de relaciones con los tres capítulos siguientes de la serie de ensayos, a saber: “II. Máscaras mexicanas”, “III. Todos santos, días de muertos” y “IV. Los hijos de la Malinche”. El pachuco se caracteriza, en el retrato elaborado por Paz, por tres rasgos principales que forman una línea ascendente: la negación de sí mismo, la atracción por la destrucción y, finalmente, la humillación. Cada uno de estos rasgos, expuestos de manera provocativa en el primer ensayo, se explican con más detalle en los capítulos siguientes. Así es que la imagen del pachuco se convierte en la matriz de la primera parte del *Laberinto*. El ensayista lleva al lector de la imagen particular del pachuco a la mexicanidad en general: el retrato del mexicano se basa en las mismas características, atenuadas, matizadas y reformuladas, que componen la imagen del pachuco.

La negación (Camus 1986: 17, 18) es el primer rasgo distintivo del esclavo y del pachuco: “todo en él es impulso que se niega a sí mismo” (2001: 15). En “II. Máscaras mexicanas”, el ensayista retoma esta idea de auto-negación y a la vez la desarrolla y la aclara en el marco de la soledad mexicana. Inicia su discurso destacando el carácter cerrado del mexicano para vincularlo con un estar “lejos de sí mismo” (2001: 14) y para llegar, así, a una tendencia a simular su propia identidad. Así llega a reanudar con la idea de la “negación” (2001: 15) cuando concluye que “simular es inventar o mejor aparentar y así eludir nuestra condición” (2001: 18). “El mexicano excede en el disimulo de sí mismo”; “el que disimula [...] quiere hacer invisible, pasar desapercibido” (2001: 18). El ensayista cierra esta parte de la argumentación destacando que el mexicano se “ningunea” (2001: 18) y que “ninguneándose”, se reduce a una “omisión” (2001: 20) o a un “silencio” (2001: 20). Volviendo sobre el punto de partida del capítulo “II. Máscaras mexicanas”, se aproximan pues hermetismo, disimulación y auto-negación; a la luz de este discurso se entiende mejor la afirmación según la que “el pachuco no afirma nada, no defiende nada, excepto su exasperada voluntad de no-ser” (2001: 19).

Segunda dimensión del esclavo camusiano y del pachuco que hemos retenido: su deseo de destruirse. El hombre rebelde quiere hacer respetar una parte de sí mismo; a esta parte de su identidad “la pone por encima de todo lo demás y la proclama preferible a todo, inclusive a la vida” (1986: 18). El pachuco, en un “gesto suicida” (2001: 19), “en un exasperada afirmación de su personalidad” (2001:

15), busca el “peligro”, se mueve por “caminos arriesgados” (2001: 19) y se siente atraído por la muerte. La tendencia a la autodestrucción queda patente en “I. El pachuco y otros extremos” cuando Paz compara el comportamiento suicida del pachuco con la actitud de “la presa que se adorna para llamar la atención de los cazadores” (2001: 19). La misma atracción por el final de la vida caracteriza al solitario mexicano y se esclarece en el capítulo “III. Todos santos, día de muertos”. Entre los rituales festivos típicos de la sociedad mexicana destaca el culto a la muerte: a través de esta fiesta se plasma el lugar especial que los mexicanos conceden tradicionalmente a la muerte como motor de la vida, como prolongación natural de la propia vida. El mexicano de hoy no rehuye la muerte, ni la silencio como los pueblos europeo y norteamericano, sino que la busca, la venera, se ríe de ella, la encuentra fascinante. Esta actitud del mexicano aterroriza al extranjero y de la misma manera, el pachuco aterroriza al norteamericano, es un hombre “sinistro”, una “figura portadora [...] del horror y la abominación” (2001: 18).

Tercer componente del pachuco –el rasgo que según Paz más define la figura– es el otro polo de la tensión típica que vive el esclavo entre “el Todo o la Nada” (1986: 22). Lo que Camus describe como “el encontrarse definitivamente caído por la fuerza que le domina” (1986: 19) corresponde en el discurso de Paz a la pérdida definitiva, a la auto-humillación total. El capítulo “IV. La Malinche” desarrolla el concepto de la humillación y lo aplica a la Malinche, la madre de todos los mexicanos, la “sufrida madre mexicana” (2001: 31). “Lo característico del mexicano reside”, así destaca Paz, “en la violenta, sarcástica humillación de la Madre y en la no menos violenta afirmación del padre” (2001: 33). El verbo, según Paz, “denota violencia” (2001: 32) y corresponde a “humillar, castigar y ofender” (2001: 32). La cuestión central, para el mexicano, es la de “chingar” o “ser chingado”: lo chingado representa el polo femenino de pasividad, mientras que lo que chinga corresponde al papel activo, masculino, de la sociedad dominante que se propone “humillar” (2001: 33).

Paz había empezado su discurso argumentativo por destacar los rasgos que acabamos de recalcar en la figura concreta del pachuco (2001: 13), “uno de los extremos a que puede llegar el mexicano” (2001: 15). Entendemos por qué se concede un lugar clave a la descripción del pachuco: al fusionar los rasgos de negación, destrucción y humillación de sí mismo, el pachuco se convierte en

piedra angular de la argumentación central del *Laberinto* en torno a la soledad del mexicano, igual que la metáfora del esclavo se convierte en una figura pivote de la argumentación de Camus en torno a la esencia rebelde del ser humano.

## 5. REFLEXIONES FINALES

Nuestra contribución a la mejor comprensión del retrato del pachuco consiste en la propuesta de una relectura del retrato del pachuco en el contexto filosófico correspondiente al momento de la redacción de la obra. Hemos interpretado la descripción del pachuco desde el enfoque existencialista del contexto parisiense filosófico en el que Octavio Paz redactó *El laberinto* a finales de la década de los cuarenta. Si bien es cierto que Paz trató la esencia mexicana en *El laberinto*, también es verdad que lo hizo desde afuera, tras haber dejado ese México que en aquella época no le ofrecía ninguna perspectiva para desarrollar su carrera. Incluso si en el texto del *Laberinto* se reconoce una red densa de referencias a textos de autoría mexicana, Paz a la vez se sintió absorbido y estimulado por el ambiente parisiense y vio los fenómenos relacionados con la identidad mexicana a través de otros ojos después de haber iniciado su carrera diplomática en Francia. A partir de este enfoque que privilegia el contexto de creación del *Laberinto*, comprendemos hasta qué punto el pensamiento de Albert Camus acerca del hombre rebelde deja una fuerte impronta en la presentación de la figura del pachuco. Sin que sea nuestro propósito pretender que el pachuco pasciano sea un calco idéntico del hombre rebelde camusiano, descubrimos en el comportamiento del pachuco un nuevo camino por el que se encauza la rebeldía humana contra una condición de existencia inaceptable. La actitud contradictoria, extraña, marginal, grotesca, anárquica y difícil de justificar de los pachucos, se inserta, así, en la larga tradición de rebeldía destacada por Camus como el rasgo fundamental de la naturaleza humana.

Bajo esta perspectiva, la respuesta del pachuco al ambiente hostil de la sociedad norteamericana adquiere un nuevo significado profundamente humano y, además, gana en dignidad y en credibilidad. Como destaca Camus, el esclavo rebelado “opone al orden que le oprime una especie de derecho a no ser oprimido más allá de lo que puede admitir” (1986: 17). Lejos de burlarse del pachuco o de ridiculizar su comportamiento, como le ha reprochado la crítica,



Octavio Paz construye una figura, a la que, acorde con el lema camusiano “me rebelo, luego existo”, es posible conceder un sentido más profundo, entroncado con el existencialismo.

Así resulta más fácil entender por qué se concede un lugar clave a la presencia del pachuco en el *Laberinto*. En efecto, el retrato de esta figura, igual que la metáfora del esclavo presente en “El hombre rebelde”, se torna más funcional en el nivel argumentativo que en el nivel descriptivo-realista. El pachuco se convierte en el eje central de la primera mitad del ensayo y cumple la función de una ilustración excesiva de la esencia del mexicano. El carácter extremo de sus características sirve al ensayista para chocar y llamar la atención en un primer momento, como punto de partida para explicar y elucidar cada una de las características comentadas en un segundo momento.

Siguiendo esta línea de revalorización del pachuco –como una figura que se rebela contra circunstancias inaceptables y que afirma de manera explícita su propia existencia–, recordemos que los pachucos, como grupo marginalizado, servirán también de inspiración a los movimientos chicanos de fines de los años 60. Eran reivindicados como los primeros grupos mexicano-estadounidenses que adoptaban un estilo personal y que reaccionaron no sólo contra la corriente principal estadounidense sino también contra la tradición mexicana. Su mascarada se convierte, así, no en un fenómeno de pérdida de identidad, sino en una expresión afirmativa de una nueva identidad.<sup>15</sup> Como dice Camus: “el esclavo rebelado dice al mismo tiempo sí y no” (Camus 1986: 17): a la vez que se rebela contra el opresor, afirma y recalca una determinada parte de su propia personalidad. En este

<sup>15</sup> Se puede relacionar la subversividad del pachuco con la dimensión carnavalesca de su estilo de vestirse. De acuerdo con Mijaíl Bajtín (1974), el disfraz es uno de los motivos principales de lo carnavalesco. En efecto, el ritual carnavalesco permite cambiar la apariencia física mediante máscaras y disfraces, posibilitando así el ocultamiento de la identidad. Según Elzbieta Skłodowska (1991: 16), la recurrencia del concepto en la literatura hispanoamericana se debe al hecho de que lo carnavalesco constituye el mecanismo de defensa por excelencia contra el poder o el opresor. El carnaval, al disimular la identidad de las personas, efectúa una eliminación de las capas sociales y, consiguientemente, una desestabilización de la organización social. En el mismo sentido y destacando cómo lo carnavalesco pone en entredicho las convenciones tradicionales, Bajtín define lo carnavalesco como un fenómeno subversivo. La revalorización del pachuco se plantea ya en la primera novela chicana contemporánea, *Pocho*, por Villarreal (1959). La crítica se ha adherido a esta concepción más positiva del Pachuco: véanse los trabajos de Madrid-Bareda (1976), Mazón (1984) y Grajeda (1997).

sentido, es útil recordar que en *Octavio Paz por él mismo (1944-1954)* (1994: 12-13), texto que cumple una función muy distinta y se redacta en una época muy diferente que el *Laberinto*, el propio ensayista se aproxima tanto a los pachucos como a los chicanos posteriores. El autor (1994: 12-13) se refiere a su época en Los Ángeles como sigue: “Empecé a comprender lo que significaba ser mexicano porque me sentí solidario de los mexicanos maltratados y excluidos, de los ‘pachucos’, de los que ahora llaman chicanos. Me sentí un chicano y pensé que el chicano era uno de los extremos del mexicano.” El fragmento apunta, a nuestro modo de ver, hacia la misma percepción doble del ‘pachuquismo’ como un comportamiento de rechazo y de afirmación, realizado en una situación de grave crisis social e identitaria. La rebeldía del pachuco nace de la “repulsión” (Camus 1986: 17), pero al tiempo significa la primera expresión de un nuevo componente de la identidad mexicana, ya que hay “en toda rebelión una adhesión entera del hombre a cierta parte de sí mismo”, a “algo que vale la pena de y que exige vigilancia.” (Camus 1986: 17).

### BIBLIOGRAFÍA

- Arenas Cruz, M. E. (1997), *Hacia una teoría general del ensayo: construcción del texto ensayístico*, Castilla la Mancha, Universidad de Castilla la Mancha.
- Bajtín, M. (1974), *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Barcelona: Barral.
- Camus, A. (1986), *El hombre rebelde*. (trad. Luis Echávarri) Buenos Aires, Losada.
- Camus, A. (1957), “La misión del escritor”, <http://goo.gl/GflNh> (15/5/2013).
- Gonzales, M. G. (1999), *Mexicanos. A History of Mexicans in the United States*, Bloomington, Indiana University Press.
- Grajeda, R., (1997), “The Pachuco in Chicano Poetry: The Process of Legend Creation.” *Revista Chicano-Riqueña* (1997), pp. 45-59.
- Jaimes, H. (2001), “Octavio Paz: el mito y la historia en *El laberinto de la soledad*”, *Revista Iberoamericana*, Vol. LXVII, N° 194-5, pp. 267-268.

- Hozven, Roberto (1996), "Notas sobre la edición crítica de El laberinto de la soledad por Enrico Mario Santi", *Revista Iberoamericana*, Vol LXII, N° 175, pp. 525-544.
- Katra, W. H. (1986), "Ideology and Society in *El laberinto de la soledad*, by Octavio Paz", *Chasqui*, vol 15, núm 2-3, pp. 3-13.
- Koch, G. A. "On 'The Destructors' and 'The Pachuco and other extremes'", en línea en <http://goo.gl/BEA0Q> (15/5/2013).
- Madrid-Bareda, A. (1967), "In Search of the Authentic Pachuco: An Interpretative Essay". *Astelán* n° 4, pp. 1-7.
- Mazón, M. (1984), *The Zoot-Suit Riots: The Psychology of Symbolic Annihilation*, Austin, University of Texas Press.
- Medina, R. (1988), "Del pachuco al hispano: Octavio Paz ataca de nuevo", *Crítica: A journal of critical essays*, vol. 2, núm 1, pp. 69-78.
- Ndoye, A. (1980), "Mythe et poésie dans *Le labyrinthe de la solitude*", *Annales de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Dakar* n°10, pp. 243-275.
- Paz, O. (2001), *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta a El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Paz, O. (1994), *Octavio Paz por él mismo (1944-1954)*, *Reforma*, 9 de abril de 1994, pp. 12D y 13D. Disponible (versión seleccionada y montada por Anthony Stanton) en línea: <http://goo.gl/BDBMP> (20/5/2013).
- Perelman, Ch. y L. Olbrechts-Tyteca (1989), *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*, Madrid, Gredos.
- Rosler, I. (2000), "Paz and the Figure of the pachuco in *El laberinto de la soledad*", *Hispanic Journal* (HisJ). Spring 21(1), pp.165-178.
- Sánchez Tranquilino, M. (1987), "Mano a mano: An Essay on the Representation of the Zoot Suit and its Misrepresentation by O.P.", *Journal: A Contemporary Art Magazine*, vol. 46, núm. 6, pp. 34-42.
- Santí, Enrico Mario (1993), "Introducción" en Enrico Mario Santí (ed.) *El laberinto de la soledad*, Madrid, Cátedra, pp.11-132.
- Sklodowska, E. (1991), *La parodia en la nueva novela hispanoamericana*, Amsterdam, John Benjamins Publishing Company.
- Stambaugh, A. (2003), "Las fronteras de la identidad americana" en Liliana Weinberg (ed.) *Ensayo, simbolismo y campo cultural*, México, UNAM, pp. 135-149.

- Starobinski, J. (1974), “El suicidio del heroico Áyax” en *La posesión demoniaca. Trois études*, Paris, Gallimard, pp. 11-71.
- Villareal, José Antonio (1959), *Pocho*, New York, Doubleday Express.